

EL URUGUAY

Semanario ilustrado de política, arte, letras é informaciones

Año I

Buenos Aires Abril 6 de 1905

Núm. 6

Director: JAVIER DE VIANA

Dirección y Administración
966 - BARTOLOMÉ MITRE - 966

Administrador: F. HERNANDEZ

De "Monton de humo"

(FRAGMENTO)

Policarpo había visto desfilarse la triste caravana apeado, junto á unas talas, en compañía del *teniente* Donato y los seis soldados que le acompañaban en su reciente excursión. Cuando todo el ejército hubo pasado, cuando ya se le veía distante, ondulando como una inmensa culebra parda, se volvió hacia sus compañeros y les dijo:

—Muchachos, traigo una «picana» gorda bajo los cojinillos, y mi «chifle» está preñado: todo esto es para luego, si me acompañan hasta aquí cerquita.

—¿Ande mande, capitán,—respondieron los soldados á coro; y Donato, mostrando su dentadura de perro de presa, agregó:

—Vos sabés, hermano Policarpo, que yo soy como el carancho: ande hay carniña me abajo.

—¿Porqué no decís, como el cuervo?—replicó uno de los soldados en son de mofa. A lo que replicó airado el negro:

—No te cayés, mal hablao y verás si te sumo el facón y te saco el sebo pa engrasar mis garras!

—No t'enojés, tizón!...

—Tizón te vi'a meter yo en el...

Policarpo tuvo que intervenir para hacer cesar la disputa, que, sobre el mismo tema, se repetía veinte veces al día.

—Güeno,—dijo Montón de humo,—por respeto á vos me cayo; alcanzá el chifle pa que se me pase la rabia.

Pasóle el mozo la cantimplora; él absorbió un buen trago de caña, y limpiándose la boca con el revés de la mano.

—Aura si,—exclamó,—y'astá pronto el indio.

Y como otro soldado dijera:

—El negro, será;—Donato se amoscó de nuevo y gritó furioso, dirigiéndose á Policarpo:

—¡A ver si aprienden de una vez á respetar á los superiores!... Che! capitán: ¿yo soy teniente, ó no soy teniente?...

Y antes de que nadie hubiera tenido tiempo de replicarle, lanzó una sonora carcajada, y, sacudiendo la cabeza, agregó bonachonamente:

—¿Ande vamo?...

—A un ranchito de acá cerca.

—¡A chiniar el mozo!

Policarpo se ruborizó y replicó con enojo:

—¡No! El año pasado, cuando venia herido, estuve allí unos días, y como me trataron muy bien, quiero llegar á saludarlos... gente pobre, muy buena, muy servicial.

—Soy testigo,—agregó Donato.

Y sin hablar mas, los ocho hombres montaron y emprendieron la marcha rumbo al Tacuarembó, cuyo bosque se veía negrear en el horizonte.

Delante iban Policarpo y Montón de humo. El primero vestía chiripá de merino negro, botas de becerro y camiseta, también de merino negro, con pechera tableada, bajo el grueso poncho de paño azul, bayeta colorada y cuello de pana cerrado con alamares de seda. Su caballo, un tordillo pequeño, fornido, ágil, lucía el vistoso apero plateado que había sido objeto de admiración para Donato, hasta que vió el portentoso «herraje» de Segundo Rodriguez, el coloso que murió gloriosamente en la acción del Sauce. Debajo de los cojinillos, junto á las boleadoras retobadas en cuero de ciervo, se alzaban las infladas alforjas, y mas atras, á los tientos, el maneador bien sobado y engrasado, y la guampita que hacia las veces de copa.

Sombreado por las anchas alas del hongo, el rostro del mozo, antes blanco, hoy dorado, presentaba un aspecto de resolución y de dureza que imponía. Las penurias, el peligro, el ejemplo, el contacto diario con hombres tallados apresuradamente en bloques de granito, dieron á aquella fisonomía,—de suyo varonil y enérgica,—esas líneas fuertes, esos rasgos firmes que revelan los dedos del infortunio trabajando en la pasta resistente de una alma altanera. En su

faz, como en su modo indolente y seguro de montar á caballo, se descubria al gaucho de origen. Sin embargo, en la mirada honda y escrutadora, en el desdenoso pliegue de los labios y en el inconsciente pliegue de las cejas, habia ese algo indefinido que deja la educación en los espíritus que su luz ha tocado.

En aquella vida independiente y despreocupada, Policarpo se encontraba á gusto; las empresas temerarias que miden las fuerzas, pesan los méritos y producen una admirable selección natural, tenían para él inagotables encantos. Era jefe de nacimiento, y así como otros nacen para esclavos, él habia nacido para el mando; y por eso mismo, por que la superioridad era innata y no adquirida, su despotismo se manifestaba sencillo, cariñoso, protector. Donato,— que trotaba á su lado con los piés descalzos sobre el estribo de fierro, las pantorrillas desnudas, apenas cubierta la region pudenda con corto chiripá de lona y abrigado el busto con poncho hecho de dos cueros de oveja; Donato, el negro contrahecho, el mono convertido en hombre por un error de la naturaleza,—era un compañero, un amigo, y en muchas circunstancias un igual del rico y presumido capitán. Se tuteaban, se manoseaban y, en todos los menudos incidentes de la vida, nada los diferenciaba, nada establecía la superioridad del uno sobre de otro. Pero, cuando era necesario obrar, *el jefe ordenaba*, Montón de humo bajaba la cabeza, y, á veces gruñendo, en ocasiones furioso, se entregaba siempre sumiso ante la voz seca y breve del boquirrubio y ante la mirada imperiosa y fría de aquellos ojos claros.

Como Donato, los demás soldados que lo respetaban, sabiéndolo bravo, fuerte, audaz, y lo querian porque era escrupulosamente justo. Inexorable con los píllos, rápido en el castigo, no penaba sino en la absoluta seguridad del delito. Castigar un hombre que podria ser inocente, le parecia una monstruosidad tan grande como perdonar á un culpable.

Ese día Donato llevaba en las obscuridades de su alma más de un resentimiento, rojo y caliente como brasa de madera de ley; pero guardaba silencio y obedecía, esperando el momento de un desquite lucrativo. Así, conversando, cantando ó silbando, según su hábito, seguía en apariencia contento, mientras el

capitán trotaba en silencio y los soldados se quejaban del frío que les amaratava el rostro. Y hacia frío, en verdad, el terrible frío de las tardes azules y serenas que anuncian helada grande.

A lo lejos, junto al monte, negro como los árboles que le formaban fondo, divisábase un rancho, un bulto informe sobre el cual flotaba una nube blanquísimas, semejante á las últimas espiraciones de un incendio.

Policarpo, sobresaltado, interrogó á Montón de humo.

—¿Ves?

—Veo.

—Parece quemazón.

—Parece. ¡Los *zumacos* han asao churrasco gordo en fogón grande!... Con tal que no estén ahí entuavía y nos churrasqueen á nosotros tamien ..

Sin escuchar las últimas palabras de Donato, el mozo picó espuelas y la partida emprendió á galope, en silencio, los labios apretados, los ojos lucientes, las manos oprimiendo convulsivamente los ástiles de las lanzas. No necesitaban hablarse, comunicarse nada: aves de presa, el instinto los ponía de acuerdo y los guiaba.

Ya cerraba la noche cuando llegaron junto al rancho, cuyas paredes de cebato se mantenian firmes; en tanto, adentro, donde el techo se habia desplomado, las maderas ardian aún, enviando una llama baja y un humo blanco, tenue, que se sernia indolente sobre la ruina.

No habia huerto, ni cerco, ni otros árboles inmediatos que algunas talas nacidas de semillas llevadas por el estiércol de los pájaros. El silencio era absoluto, pues los hombres de la partida, presintiendo el drama, no se atrevian á desplegar los labios. Al principio no vieron á nadie; pero luego, costeano los muros, Policarpo contempló un espectáculo horroroso. En el suelo, desnudo, tendido largo á largo, estaba un hombre ya anciano, cuyo cuerpo, rojo en sangre, presentaba innumerables heridas de daga; á su lado, igualmente desnuda, rígida, el cabello en desorden y la garganta partida de un tajo feroz, habia una joven, una niña casi; una de esas vírgenes criollas, de formas perfectas, de piel suave, tersa y coloreada como una terracotta; y entre los dos muertos, en cuclillas, enmarañada la cabellera entrecana, una mujer consumida y disecada mas por las fatigas y priva-

ciones de una vida penosa, que por los muchos años.

A la llegada de los forasteros, la vieja no se movió, no miró, no habló. De cuando en cuando, una llamarada iluminaba su faz enjuta, aceitunada, la nariz filosa, los pómulos marcados, los labios gruesos y el mentón fino y fuerte. Los ojos inmóviles y áridos, la boca contraída, la rigidez de todas las líneas y el color rojizo que le prestaban los resplandores de la hoguera, la hacían asemejarse á las estátuas indias halladas en las ruinas de Polenque. Otras veces, el viento, sacudiendo la llama, dejaba la siniestra figura en una semi obscuridad que le daba un aspecto aun mas fantástico y terrible.

Ante aquel cuadro de dolorosa intensidad dramática, Policarpo y sus hombres, — no obstante estar habituados á contemplar escenas sangrientas, episodios conmovedores y agonías horripilantes, — permanecían mudos de estupor. En la inmensa soledad del despoblado, turbado apenas el silencio augusto por los ruidos de la cercana selva y el crepitar de las maderas incendiadas; en las medias tintas de la tarde agonizante, aquellos resplandores rojos iluminando á ratos dos muertos desnudos, tintos en sangre y un espectro velándolos, adquirían una solemnidad dominadora.

El capitán fué el primero en reprimir su emoción; y echando pié á tierra, llegóse á la anciana, y la tocó en el hombro preguntándole:

—¿Qué ha pasado, vieja?

Ella alzó la vista pausadamente; lo miró un rato con fijeza, y por fin, reconociendo á Policarpo, exclamó con voz ronca, preñada de dolor y de odio:

—¡Los bandidos!

—¿Quién?

—Martiniño Lemos.

—Cuenta cómo fué.

—Llegaron... quisieron apretar la chilquilina... El finao pelió... lo mataron... ¡eran muchos!... Dispues... á ella... ¡pobrecita! ¡pobrecita!... ¡Los bandidos!

—¡Oh!—exclamó Policarpo; y la vieja interpretando mal la exclamación, irguió el busto, apretó los puños y replicó con voz mas ronca aún:

—¡Ella no quería, no, no quería!... ¡Los bandidos!... La apretaron, todos... ¿sabe? ¡todos!... Y ya estaba medio muerta cuando la degollaron!... ¡Pobrecita, hija de mi alma!...

Un sollozo semejante á un hipo, la

ahogó; y los ojos, abiertos y secos, color de púrpura, brillaban con intensidad de pupila felina. En seguida tornó á quedar inmóvil, absorta en la contemplación de sus muertos, que para ella constituían el mundo:

Policarpo volvió á contemplar los cadáveres: los miembros flacos, velludos, con rudos tendones, del viejo puestero, y los miembros graciles, torneados, de la niña, cuyo rostro expresaba los tormentos de una muerte horrible. Sobre la frente pálida caían los bucles de un cabello negro, risado y lustroso: la pequeña nariz, contraída en un espasmo supremo, mostraba las ventanillas cubiertas de espuma sanguinolenta: la boca, grande y de gruesos labios, dejaba ver los dientes menudos y blancos: entre los senos, redondos y firmes, había un gran coágulo de la sangre brotada de la herida del cuello, cuyos bordes cárdenos se habían retraído hacia arriba y hacia abajo. Grandes manchas oscuras en los brazos, en el busto, en los músculos, indicaban la presión brutal de los dedos de los violadores.

Policarpo observaba con piedad aquellos labios que él había besado en unos inocentes y castos amores de pocos días: y vió de nuevo, en su imaginación, la chicuela alegre, cariñosa, que llenó de luz sus dos semanas de sufrimiento físico. Ella le había amado, él también: los dos sabían que aquellos debían ser amores fugitivos, pasajera junción de dos almas sin más trascendencia, sin otra ulterioridad que el delicioso recuerdo de sus caricias puras, de sus divinos éxtasis. De pronto, sintiendo unirse á su inato instinto de justicia su orgullo herido, como si la ofensa le alcanzara en aquel crimen alevoso, sacudió con rabia la cabeza, y dirigiéndose á la vieja, preguntó con imperio:

—¿A qué hora fué esto?

La pobre mujer, como petrificada, no se movió, no respondió.

Policarpo, impaciente, la sacudió, repitiendo la interrogación:

—¿Oye?... ¿A qué hora fué?

Ella, sin alzar la vista:

—No sé.—contestó.

—¿Hace mucho?

—Hace como... ¡no sé!... ¡Hace rato!...

—¿Y no sabe con qué rumbo salieron?

La infeliz tendió el brazo escuálido, señalando el monte y con displicencia:

—P'allá,—dijo:— Tacuarembó arriba, po la costa.

Y bruscamente, como si hubiera creído adivinar, como si una idea hubiera entrado en su cerebro aletargado, dió un salto, se alzó terrible, con sus vestidos desgarrados, sus cabellos en desorden, su rostro contraído y pálido, sus ojos lucientes y secos, sus labios trémulos, estirados, negros.

—¿Los vas á seguir?—rugió con acento de leona.

—Sí,—replicó el joven con firmeza.

—¿De verdad?

—Sí.

Con un brusco movimiento, los brazos secos de la vieja abrazaron el cuerpo del capitán, y una voz que no tenía timbre humano, dijo:

—¡Matalo m'hijito, matalo!... ¿Me jurás que lo vas á matar?

—Sí,—respondió Policarpo conmovido.

—¿A Martiniano?

—A Martiniano y á sus compañeros.

—A Martiniano, sobre todo, m'hijito, á Martiniano. Jurameló por estos cuerpos, por mi pobre fináo, por mi pobre-cita querida.

El joven tendió la mano sobre los cadáveres y respondió con voz pausada y grave:

—Juro por ellos que los seguiré y los mataré. Juro que si agarro á Martiniano, yo mismo lo degollaré.

—Gracias, m'hijito, Dios te bendiga,—exclamó la anciana. Y, apretando los brazos, juntó su horrible cabeza con la cabeza del mozo y depositó en su frente un beso largo, sonoro y candente.

Policarpo quiso dejar dos hombres para que dieran sepultura á los muertos, pero la vieja se opuso.

—No,—le dijo:—váyanse, no pierdan tiempo; vayan todos; ellos son muchos; que no se escapen, que caigan todos.

Policarpo no insistió.

—¡A caballo!—ordenó.

Montón de humo, el único que, con el capitán, había desmontado, y que durante todo el tiempo había permanecido junto á los muertos, contemplando con ojos lascivos la desnudez de la niña, montó de un salto y gritó furibundo:

—¡Mueran los salvajes!

Y los soldados, entre los cuales había jóvenes y viejos, tan emocionados los unos como los otros, hicieron remolinear las lanzas y repitieron en coro la amenaza:

—¡Mueran los salvajes!

Pero Policarpo, ya á caballo, radiosamente iluminado por un borbollón de grana, que era como el último estertor del incendio, se empinó sobre los estribos, se echó el sombrero á la nuca y, blandiendo la lanza, respondió con voz vibrante de indignación:

—¡Mueran los asesinos!... Los asesinos no son blancos ni colorados; con divisa blanca ó con divisa colorada, no son mas que asesinos!... A los colorados se les pelea, á los asesinos se les persigue y se les mata como á perros rabiosos ó como á vicho dañino... ¡Mueran los asesinos!...

—¡Mueran!—repitieron siete voces amenazantes.

J. DE V.

EL DIRECTORIO NACIONALISTA SU CONSTITUCIÓN

El 1º del corriente celebró su primera sesión el congreso nacionalista, á fin de tratar sobre la elección de los nuevas autoridades. Los concurrentes designaron para ocupar la presidencia al doctor Arturo Berro, designación muy aceptada, por cierto.

Una vez constituida la asamblea, el señor Luis Alberto de Herrera hizo moción para que el congreso se pusiera de pié en homenaje á la memoria del general Aparicio Saravia y de los compañeros caídos en la última campaña. La moción del señor Herrera, hecha en términos elocuentes, fué recibida y aprobada con entusiasmo.

Fuó nombrado el doctor Carlos Berro para presidente y designado para vice

primero y vice segundo, respectivamente, los señores Antonio Carvallo Llerena y Juan B. Morelli.

En la sesión del domingo el congreso integró la lista de titulares con los señores Arturo Heber Jackson, Guillermo Garcia, Manuel Alonso, Remigio Castellanos, Luis Ponce de Leon, Rosalio Rodriguez, Jacinto Duran, Juan R. Albíster y Enrique Legrand.

En virtud de haber renunciado los señores Rodriguez, Alonso, Albíster y Ponce de Leon, el congreso eligió á los señores Baena, Larreta, Ros y Pereyra.

Producidas las renunciaciones de los señores José Luis Baena y Arturo Pereyra, se reunió nuevamente el congreso elector á fin de nombrar los reemplazantes resultando electos los señores Vazquez Acevedo y Martin Aguirre.

RECUERDOS HISTÓRICOS

Nuestro país tiene paisajes admirables, de asombrosa variedad, pero cuenta con escasísimos monumentos históricos, la conquista española se encerró en Montevideo olvidando el resto del país; y por su parte, los gobiernos patrios no han tenido tiempo de construir nada.

Entre esos pocos recuerdos históricos, ocupa puesto preferente la vieja y recia fortaleza de Santa Teresa, que se levanta en la frontera del Este, sobre el camino de la Angostura, entre la laguna de los Difuntos y los bañados de India muerta.

Fué construida en 1763 por el gober-

5 y en cada uno de ellos se ha colocado una garita circular, formada de una sola pieza con un rebajo en su parte superior en que se ha introducido una pequeña y artística cúpula.—Además, en el exterior se han abierto 41 troneras para la colocación de la formidable artillería que requiere una obra de tan alta importancia estratégica y de tanta seguridad defensiva.

«El interior de la fortaleza forma un plano inclinado, cuyo punto más elevado corresponde al Este.—La distribución particular es verdaderamente admirable: todo está previsto, y el arte de fortificaciones encuentra en aquella un mode-



FORTALEZA DE SANTA TERESA

nador don Pedro de Ceballos, con arreglo á los planos del ingeniero portugués don Juan Gómez de Melo, y en el mismo sitio donde la habia proyectado, en 1762, el jefe lusitano don Luis de Osorio.

Un distinguido escritor compatriota, describe así el viejo titán de piedra:

«La forma de la fortaleza es de un pentágono irregular, cuyo perímetro mide 652 metros, y su superficie circundan unos 15,000, aproximadamente.—Las murallas que la circundan son de una resistencia extraordinaria. La altura aproximativa de la exterior es de 12 metros, formada de blocs enormes de granito, cuyo espesor es de 2 metros 50 centímetros.—Separa esta muralla de la interior, que tiene 5 metros de altura, un terraplen cuyo ancho es de 2 á 7 metros.—La primera muralla presenta en su parte exterior una suave escarpa, cuya inclinación más acentuada corresponde á los lados de los vértices más agudos del polígono.—Dichos vértices son

lo nada común, de extraordinario mérito histórico.—En estos últimos tiempos se han repuesto los techos que la indiferencia de nuestros poderes públicos habia abandonado á las inclemencias demolidoras del tiempo, y además se han construido dos amplias cuadras de ladrillo con el propósito, sin duda, de adaptar para cuartel el viejo monumento de la conquista.

«El portalón de entrada, que mira al Oeste, representa un elegante arco escarzano de 2 metro 50 centímetros de ancho, formado por dos inmensos blocs de granito, unidos en la parte superior.—De esta entrada arrancan dos escaleras rústicas, también de granito, que conducen á los terraplenes.—En la parte Sud de la fortaleza se encuentra una abertura secreta, que era llamada *Puerta oculta del Socorro* porque era el último medio, el recurso supremo de salvación de sus defensores en un momento de peligro irremediable.

«Hace algún tiempo la fortaleza de

Santa Teresa presentaba un aspecto lúgubre de ruina, como un viejo baluarte del pasado que recordaba al viajero la ancianidad de una época de lucha.— Así se presenta en el grabado que adorna esta página.— Y de las ruturas de las piedras ennegrecidas por la intemperie, penachos oscuros de musgos diversos, surgen triunfando de la implacabilidad de su cuna, y las plantas trepadoras logran escalar unos muros que son inaccesibles para los hombres.— En sus contornos, la vegetación es exuberante, heterogénea, salvaje, desaliñada é irregular con una selva de arbustos.— Las dunas cercanas amenazaban devorarla con sus faenas blancas. La naturaleza se burlaba del hombre: ella volvía á imponer sus reales allí donde se había querido establecer el predominio de la inteligencia y del brazo.— Era un

monumento de la fuerza humana atacado por las fuerzas combinadas del tiempo y de la materia!

«Hoy el hombre ha recobrado su supremacía inteligente.— Ya la fortaleza no presenta sus ruidosos adornos, augurios fatales de una destrucción más ó menos cercana.— Los musgos y las plantas trepadoras han desaparecido; el recinto interior se cuida con esmero, grandes obras de refacción se han practicado y un destacamento permanente vela por la integridad de la vieja atalaya colonial, que es un caso posible de conflictos internacionales constituirá aún para la República la posición más importante de defensa fronteriza.— ¡Ojalá que nunca aquella fortaleza vuelva á temblar al ruido mortal de sus cañones y que sólo ella sea símbolo legendario de los tiempos históricos!»

ÍNTIMA

En la alcoba reinaba una mística quietud. La fragancia de unas flores que se iban marchitando en un vaso cónico, se desleía suavemente en el olor más penetrante del humo que se escapaba de un cigarrillo abandonado al borde de una mesa.

El humo, artifice delicado, tejía formas caprichosas, que poco á poco se esfumaban hasta llegar al techo. Primero era una columnilla recta, vertical é inmóvil, que se desprendía de la extremidad enseguida. Después cual volutas corintias, la columnilla se arqueaba, daba una vuelta y otras muchas, hasta formar una coordinación de espiras cada vez más amplias, en las que el humo subía con decreciente rapidez. Las espiras más grandes eran lánguidas, como el desfallecimiento dulce de un beso de amor. La última se desvanecía en la masa de humo que llenaba la alcoba, como una ilusión perdida en la infinita tristeza de un alma. Algunos resplandores crepusculares sonrosaban los vidrios altos de la ventana. Las flores, marchitas, continuaban su callada agonía, dando al aire sus postreros suspiros perfumados. En el lecho, Pedro dormía con la inmovilidad de una estatua yacente.

¿Qué le habría pasado? ¿Su espíritu templado habría cedido al desencanto? ¿La columna hercúlea de su carácter habría roto, de improviso? Era un tributo doloroso de su alma al destino que

tan crudamente lo fustigaba. Era una de esas horas negras, que, como una inmensa ala horrenda, se ciernen sobre nuestra vida, haciendo la noche en pleno día, obnubilando todas las facultades.

De súbito, un organillo hizo vibrar el aire con una marcha entusiasta. Sus notas claras y potentes se esparcieron por todas partes é invadieron la ahumada alcoba por la puerta entreabierta. Las notas subían vigorosas, juveniles, ardientes, como un mundo de promesas que irrumpiera sobre la frente de Pedro, quién, despertado bruscamente, se había hundido en dulce sopor y escuchaba la oleada musical.

Imaginó oír la voz múltiple de una multitud en marcha por un camino ascendente, hacía una luz lejana, fulgurante en la cúspide de una montaña. La multitud era briosa, iba desbordando entusiasmos y clarineando esperanzas redentoras. Sus pechos salientes decían que albergaban energías y grandes decisiones; sus cabezas erguidas delataban pensamientos enhiestos y tremolantes, como banderas agitadas por huracanes de gloria.

Y cuando los acordes sonaban solos, pareció escuchar los pasos rotundos de aquella falange humana, pasos viriles que taconeaban fuertemente el suelo, á manera de gente conquistadora, segura de alcanzar la tierra prometida. Pedro creyó que todo aquello era verdad, que á él también lo llamaban para engrosar

sar las filas. Entonces se incorporó para levantarse, embriagado por la fascinadora visión.

—¡Sí, ya voy! ¡Yo también quiero marchar hacia la luz!—gritó.

En ese instante penetró al cuarto un amigo bullicioso y juguetón, que exclamó sorprendido:

—¿Qué haces, Pedro? ¿A quien hablabas?

Pedro, sonriente, le respondió:

—¡A la gente que marchaba con el organillo!

—¡Tú estás loco!—agregó el recién llegado.

Y siguieron hablando....

HECTOR A. TABOADA.

LOS GANADEROS

PROTESTA DE LA ASOCIACION

Extractamos de la nota protesta que la Asociación de Ganaderos, ha elevado á la Cámara, contra el impuesto proyectado para las obras de vialidad, las principales consideraciones.

Después de un preámbulo en que se aplaude el fin del proyecto, ya que no los medios, y de agregar que la industria ganadera no puede costear vías de comunicación que no quieren, puesto que otros resultarán más beneficiados con ellas, expone la solicitud lo siguiente:

«Esta primera arbitrariedad en el impuesto, tiene su eco en otra, porque se dirige á gravar un capital que lo está ya bastante por la contribución inmobiliaria vigente.

Sería mejor y más justo que ni el hacendado ni el propietario, contribuyeran al menos de una *manera especial* á cubrir los gastos que demanda la nueva obra, pues uno y otra empiezan á sentir la causticidad fiscal, pero si prescindiendo de este hecho, se entra á examinar el impuesto en sí, doctrinariamente, parece más racional que afecte al último y no al primero.

En efecto, si las vías de comunicación reportan alguna utilidad á la población rural, esta utilidad beneficia más al propietario que al hacendado. El camino es siempre una mejora anexa á la propiedad,—la utilidad del industrial es precaria y fugaz; subsiste, lo que subsiste la explotación y desaparece con ella.

El propietario tiene por otro lado medios de cambiar la incidencia del im-

puesto, de que carece en absoluto el locatario.

Es por eso que todo gravamen impuesto para la ejecución de obras que, como las de vialidad, mejoran la propiedad, no las paga en último término el dueño, sino el arrendatario.

El primero adelanta el importe, pero quien lo suministra de verdad es el segundo.

Parece por consiguiente natural, que no se exija de un modo exclusivo al industrial ganadero, el importe de un servicio, que tras de beneficiarlo solo precariamente, va corriendo el riesgo de pagarlo dos veces.

Lo justo sería, consultadas las circunstancias embarazosas en que ha venido á sorprender á propietarios y hacendados el referido proyecto, que los caminos se llevarán á cabo sin recargo por ahora ni para unos ni para otros. Menos justo que eso, aunque justo todavía es que se les asigne una parte de la carga común, adjudicando la otra al resto de la población contribuyente.

Injusto, finalmente, y además de injusto, enervante y desalentador, es que el costo total de las obras se imponga á los ganaderos con exclusión de los propietarios, comerciantes, agricultores y demás elementos activos de la nación.»

.....
Continúa la extensa exposición de la sociedad de ganaderos aduciendo interesantes argumentos que servirán de ilustración para el debate que con ese motivo se entablará en la Cámara.

En verdad que este sistema tributario está mal combinado y de desear sería que los encargados de convertirlo en ley, meditaran bien antes de dar su voto á la sanción de un proyecto por todos conceptos injusto.

Tratándose de un asunto tan importante y que afecta tan hondamente al gremio de ganaderos prometemos desde ya á nuestros lectores dedicarle mayor atención en los números sucesivos, cosa que lamentamos no poder hacer en el presente, por la escasez de espacio.

IMPORTANTÍSIMO

Se replica á nuestros suscriptores no abonen ningún recibo que no lleve el sello y firma del administrador.

Todo pedido de suscripción debe venir acompañado del importe.

El administrador.

EL URUGUAY
 LO NUEVO Y LO VIEJO



LA BAHIA DE MONTEVIDEO

Montevideo continúa con su antigua fachada, su clásico aspecto, para el que llega á él por mar y distingue en el primer momento los depósitos de la aduana, los viejos muelles á los que parecen estar atracados siempre los mismos vaporcitos. Las inclinadas calles de la ciudad que se vá elevando, como ofreciéndose á la vista del que llega, estan desde el puerto, ocultas por su propia ubicación, y Montevideo guarda así con misterioso velo las bellezas modernas que hoy encierra y que descubre el que pisa su suelo en cuanto recorre en cualquier sentido la ciudad.

En plazas, en calles, en edificios, están esparcidas esas bellezas, esos aspectos nuevos que en algunos sitios hacen contraste con lo viejo que aún sobrevive.

Pero allí, á una distancia relativamente grande del centro de la ciudad, la actividad edilicia ha congregado infinitas bellezas en un reducido espacio, ha construido el parque Urbano cuya descripción tendrá que ser la de un pequeño paraíso.

Este verano, ha sido el parque Urbano el paseo preferido de la sociedad montevideana y de los visitantes extranjeros. Constituye, en verdad, lo más nuevo, lo más pintoresco, lo más agradable que puede ofrecer la capital uruguaya.



PARQUE URBANO --- EL LAGO



VEDUS VICTA

Pidiéndomē la muerte, tus collares
 Desprendiste con trágica alegría,
 Y en su pompa fluvial la pedrería
 Se ensangretó de púrpuras solares.

Sobre tus bizantinos alamares
 Gusté infinitamente tu agonía,
 A la hora en que el crepúsculo surgía,
 Como un vago rumor entre los mares.

Cincelada por mi estro, fuiste blique
 Sepulcral, en tu lecho de difunta:
 Y cuando por tu seno entró el estoque

Con la ágil sutileza de un alegre,
 Brotó un clavel bajo su fina punta
 En tu jubon de terciopelo negro.

LEOPOLDO LUGONES.

NYMPHEE

La cuádriga del sol baja á poniente
 Y al ir veloz por la celeste arena
 Siente que Apolo su ímpetu refrena...
 Però vuela sobre oro incandescente.

Se hunde en el mar, que en su alito potente
 Y entre sangrienta luz el orbe atruena;
 Y ya en la noche, límpida y serena,
 Torna en plata su púrpura el Oriente.

Es la hora: al borde de la clara linfa
 Tiende sin flechas el careaj la ninfa,
 Todo es paz. Muje el ciervo en los breñales.

La luna alumbra el nocturnal contento:
 Y el dios Pan ante el ritmo de su acento
 Ríe. al ver que se animan los rosales.

JOSÉ MARIA HEREDIA.

Los botones de la chaquetilla

Era un pillete el negro Silva. En la compañía no había otro soldado capaz de aventajarlo en diabluras y raterías. Durante las horas que le dejaba libre el servicio, el negro no hacía otra cosa que realizar investigaciones tendientes á facilitar el éxito del «malon» proyectado para la noche, cuando los compañeros de cuadra estuvieran dormidos. Podría decirse que el negro Silva era un cazador de cosas ajenas. Pocas, rarísimas veces erraba el tiro.

Todos los soldados de la compañía conocían la maña del negro: pero nunca se les ocurrió castigarlo ni jugarle una mala partida, denunciándolo á los superiores.

Era un negro simpático, que tenía más de una condición mejor que la que revelaba en sus amistosas relaciones con lo ajeno. No había otro que supiera tantos cuentos como él, ni que tuviese más gracia que él para contarlos. En manos de Silva, la guitarra era un prodigio. De la garganta del negro, las notas de los cantos tristes salían con una dulzura realmente artística. Hasta escribir sabía. Este detalle, la primera vez que fué conocido, causó admiración á sus compañeros. ¿De dónde salía «escribano» el negro Silva? ¿Quién le había enseñado á manejar el instrumento de los «letraos»? Fué menester que el negro hablara para satisfacer la curiosidad. Había aprendido á escribir, cuando era chico, en la casa donde lo criaron. Una hijita del patrón, una rubiecita inteligente y cariñosa, había tenido la paciencia de enseñarle. El negro Silva era una especie de manual epistolar, que sacaba de apuros á los compañeros que deseaban noticiar á su familia de que, «á Dios gracias», estaban buenos.

Y porque sabía escribir, cantar, tocar la guitarra y contar cuentos, le disculpaban sus hazañas de ratero.

* *

Una vez, el negro Silva hizo en pleno día una de sus diabluras. Ese día le fué mal: se enredó en las cuartas. Práctico cuando el camino estaba oscuro, dió el tropezón cuando estuvo iluminado. La luz, por odio talvez, le hizo traición. Un negro que abandona á su aliada la noche, está perdido.

Era un sábado, día de revista general. La cuadra estaba desierta cuando en-

tró el negro Silva. Los compañeros, en gran parte, estaban durmiendo la siesta afuera, bajo la sombra de los árboles, donde corría un poco de aire; otros habían bajado al arroyo. El negro marchaba á lentos pasos por el estrecho camino que dejaban las camas de palo, echando á derecha ó izquierda profundas miradas de investigación. ¡No se le fuera á pasar alguna pilcha olvidada! Iba á llegar al otro extremo, al fondo de la cuadra, cuando su vista tropezó con un objeto que pendía de la tabla pelada de una cama,—la cama próxima á la suya. Era una chaquetilla. El negro la recogió con todo el disimulo que pudo, y después de dirigir sus ojos á uno y otro lado, para cerciorarse de cómo andaba la cosa en materia de testigos, sacó un cortaplumas y se puso á desprender rápidamente los botones de la chaquetilla, guardándolos en el bolsillo del pantalón. Terminado el trabajo y colocada otra vez la pieza donde estaba, el negro Silva salió de la cuadra, con el más perfecto aire de zongo que le fué posible adoptar, yendo á tumbarse bajo la sombra de los árboles, donde corría un poco de aire...

* *

A las 3 en punto sonó el toque de revista general. Casi todos los soldados estaban ya listos para entrar en fila. Algunos se habían atrasado un poco, y se les veía cruzar apresuradamente en dirección á la cuadra respectiva.

El negro Silva era uno de los rezagados. Se había dormido de veras bajo la sombra de los árboles. Cuando sintió aviso de la corneta, se incorporó de un salto y fué á «empilcharse». En la cuadra había la movilidad típica de los apurados. El negro se encontró con una novedad alarmante: su chaquetilla no estaba donde élla había dejado. La buscó por todas partes, revolviéndolo todo, sin hallarla. Volaba el tiempo. Sus compañeros habían salido ya de la cuadra. En plena desesperación, el negro distinguió, bajo la cama próxima, la chaquetilla cuyos botones había arrancado en la mañana. ¿Pero de qué le servía? ¿Iba á presentarse con élla á la revista? Sin embargo, peor era no presentarse. El negro Silva optó por ir. Y en mangas de camisa, con la chaquetilla al brazo, salió corriendo de la cuadra, y entró en fila.

A medida que el oficial de la compañía se aproximaba, la imaginación del

negro hacía mayores esfuerzos por inventar una mentira que disculpara su falta.

El teniente, que había visto de lejos el manchón blanco de la fila, apresuró el paso y llegó frente al negro. Después de mirarlo de pies á cabeza, con ojos que hablaban de un plantón de ocho días, le interrogó.

—¿Por qué ha venido así?

—Por no dejar de venir, mi teniente.

—¿Y por qué no se ha puesto la chaquetilla?

—Le faltan tuitos los botones.

—¿Por qué le faltan?

—Me lo robaron...

El oficial creyó necesario investigar el hecho en el acto, y llamó al sargento.

—El soldado Silva dice que le han robado los botones de la chaquetilla. ¿Cómo ha sido eso?

—No le ha dicho la verdad, mi teniente.

¡Tan luego el soldado Silva pa dejarse robar! El que le ha sacao los botones ha sido él mesmo, creyendo que la chaquetilla era agena. Esta mañana entró en la cuadra cuando no había naides, y entonces jué que le arrancó los botones. Yo lo ví, mi teniente. En el bolsillo del pantalón los ha'e tener.

El teniente ordenó al sargento que registrara al negro. Era cierto. Del fondo del bolsillo izquierdo, el sargento extrajo, uno por uno, los botones de la chaquetilla.

—¡No le dije, mi teniente!

El oficial miró al soldado con tal dureza, que traducía un aumeneto de ocho días más en el plantón; pero, al encontrarse con la extraña cara que había puesto el negro, tuvo que reirse..

La disciplina militar fracasa ante la cara de un negro á quien se le descubre un robo.

ANTONIO L. DE LUQUE.

A Través del país

SAN JOSÉ

El exodo del trabajo

«La Paz», ocupándose de la constante emigración de los elementos de trabajo conque conta el país, dice lo siguiente:

«Sobre nuestra mesa de redacción hay un sin número de periódicos del interior de la república, y todos son mensajeros de la misma nota apenadora, todos nos hablan de numerosas familias trabajadoras que se van, en peregrinación hacia la patria hermana; allí sonríe la promesa de óptimos resultados y no aletean los augurios desalentadores.

El mal parece no va á tener término. Cuatrocientos agricultores, en menos de dos meses, han abandonado el departamento de Colonia. De Río Negro se han ido muchos y muchos tambien de Paysandú y de Canelones. Hasta de Maldonado, nuevos contingentes van á eugrosar la interminable desencantada y triste caravana del trabajo.

Tambien aquí en el departamento ha sonado el toque de marcha. Sabemos, por ahora, de tres ó cuatro labradores, que con sus familias y sus útiles de labranza, han emprendido el camino de la patria hermana.

¿Se detendrá la caravana ó la veremos aumentarse consagrando la verdad cruel de que nuestras comarcas se despueblan?

Nos halaga la esperanza de que podamos oponer á la palabra «emigración» la de inmigración».

La inmigración sería el desborde providencial de un río, que vendría á fecundar el territorio.

¡Oh! cómo estamos necesitados de brazos, que laboren y que hagan brotar, abundantes los frutos, que por su feracidad nos promete esa tierra que hemos regado con sangre, con mucha sangre, en rudos combates fraticidas!»

Agradecimiento

De la señora esposa del general Sarabia, ha recibido la señora Francisca Ponce de León, una tarjeta de agradecimiento á todas las damas de San José, con motivo del mensaje de condolencia que ellas le enviaron á raíz del fallecimiento del gran caudillo. Dice así:

«Cándida Diaz de Saravia», aunque no tiene el honor de conocer á la señora Francisca L. de Ponce de León le ruego sea interprete, de su eterno reconocimiento ante todas las damas que le enviaron su condolencia.»

Fallecimiento

Tras penosos sufrimientos, dejó de existir el martes en esta ciudad, nuestro apreciable compañero de causa, señor Custodio Pampillon, vecino de la 2.^a sección del departamento y sobrino del coronel José María Pampillón. En la mañana de ayer fueron conducidos á nuestra necrópolis, sus mortales despojos. Paz en su tumba y resignación á sus deudos.

RIO NEGRO

El Imperio rojo

Cuando nuestra sucursal bancaria necesita más que nunca aumentar la importancia de sus operaciones, en un departamento como el nuestro, rico por excelencia, que ofrece completas garantías, talvez como ningún otro de la República, se da el inexplicable contrasentido de que esas operaciones son restringidas, despertando con razón una invencible antipatía, por sus proceres, antipatía que se traduce por la abstención del pueblo para entrar en negocios con aquella sucursal, cuyos servicios, por otra parte si bien ofrecen la ventaja de la pronta realización de los préstamos, no son en manera alguna indispensables, pues el dinero para colocar á interés sobra entre nosotros, sin necesidad de recurrir al pago del 9 por ciento anual que cobra el Banco de la República.

Pero lo más odioso de todo; lo que no puede en manera alguna silenciarse porque ello entraña una intención que no queremos calificar es la distinguida preferencia que han tenido los nacionalistas en esta restricción del crédito llevada á cabo sin razón ni motivo alguno, en contra de clientes que siempre han cumplido con toda puntualidad sus compromisos comerciales, cuyo estado financiero se halla hoy más próspero que en la época en que disfrutaban de mayor crédito en la sucursal del Banco entre nosotros.

COLONIA

El éxodo

Dice «La Colonia»:

El lunes, según lo noticiamos, se embarcaron para Buenos Aires, 10 familias con 80 individuos en total.

El jueves, se embarcaron dos familias más en un total de 17 personas de las cuales; 13 son mayores, y de estas, 10 son hombres de trabajo.

Y orden, legalidad y progreso!

Teléfono curioso

Ha encontrado la más franca acogida entre los hacendados del departamento de la Colonia, la instalación del teléfono rural efectuada por el competente vecino de Conchillas don Saturnino Carvajal, en forma curiosa y económica.

El señor Carvajal establece el servicio telefónico utilizando solamente como hilos transmisores, los de los alambrados que cercan las estancias en que coloca el teléfono, dándole este nuevo sistema un resultado inmejorable.

Actualmente los principales establecimientos de la zona, están provistos de este útil aparato

y económico servicio; hay estancias como la de «San Juan» de Lahusen, que tiene instalados hasta cinco aparatos en los diversos puestos donde la comunicación consecutiva es necesaria en las horas de trabajo.

SALTO

Viajeros

Procedentes de la capital llegaron ayer á ésta en el trasbordo del vapor nacional «Paris», los señores don Francisco Orejuela, Agente de la Compañía de seguros de vida «La Mutua» y el doctor Juan Munyo, que viene á hacerse cargo del Juzgado de Paz de la 1ª sección Urbana.

El señor Orejuela permanecerá pocos días en el Salto.

Negocios de ganado

Conocemos las siguientes operaciones en ganados.

—Don Joaquín Comas vendió 900 novillos de 4 años al tropero Fagundi de Fray Bentos á \$ 14 oro con el 5 % refugio. Fueron levantados ya.

—Don Bernardo Laphitz vendió al mismo 700 novillos á \$ 12 1/4 al barrer.

—El señor Francisco Beñatena ha comprado entre once hacendados, para don Juan Caminal 5500 novillos á precio entre 25 y 26 pesos, cuyos novillos vendrán á ser internados en Entre Ríos.

El mismo señor Beñatena ha vendido 5000 vacas de cría, del establecimiento que tiene en La Cruz en sociedad con el señor Caminal. La venta ha sido hecha á precio reservado, pero entendemos que el comprador ha hecho un buen negocio á pesar de que se le vendió todo lo que camina, á excepción de los toros padres.

—Don Agustín Pais y don Juan de D. Veron compraron 4500 vacas de cría del establecimiento San Antonio de Cué, de la sucesión Sánchez á \$ 14,50.

CERRO LARGO

Dice «El Nacionalista»:

Respiramos

Melo está casi de fiesta. Por fin se ha hecho justicia á sus altas necesidades.

El Sr. Comisario Seccional don José M. Silva y el Sub-Comisario Sr. Aramar Sierig, han sido separados definitivamente de sus puestos.

Y Melo se dice al saludarlo: ¡Ya era tiempo!

Basta esto como corolario más que elocuente del juicio que nos han merecido esos dos funcionarios.

Y tratemos de no hacerlos mejores.

LAS REVOLUCIONES

Las revoluciones, cuando tienen su razón de ser, en la conciencia son incontrastables. Hijas de la lógica de la naturaleza, hacen lenta, pero indefectiblemente su camino. Nada las detiene, nada las ataja.

En el ministerio y en la proscripción, como el agua de algunos ríos que corriendo bajo la superficie de la tierra, van ignoradas á llevar á lejanas regiones la fecundidad y la vida, así ellas llevan á los cerebros y á las conciencias de la gente esa fiebre divina que las convierten en ángeles justicieros y pone en sus manos el alma salvadora de su destino.

Por esto las reacciones se resuelven siempre en revoluciones. Por esto en la historia tras la tiranía que es la sombra, brilla la libertad que es la luz.

No la conciencia de la culpa, sino la pasión del miedo que es la fiebre de los gobiernos de fuerza, turbaba los instantes todos del déspota, que trémulo de furor exclamaba ante sus ministros:

—La revolución hierve bajo mis pies, bulle á mi alrededor, truena sobre mi cabeza como una maldición, me circunda como aire asfixiante por todas partes. La revolución no me deja un momento de reposo; turba mis sueños, interrumpe mis placeres... ¡Es preciso acabar con la revolución...! ¿Por ventura no tengo soldados? ¿No tengo cañones? ¿Para qué sirven mis cárceles y presidios? ¿Para qué las remotas y desiertas islas de «minación»?

—La revolución, señor, decían inclinándose hasta el suelo, los seides y consejeros del monarca, está en las cabezas.

¡Ah, sí, está en las cabezas! decía abatidamente el aprendiz del tirano, dejando caer sobre el pecho la suya.

Como abrumado bajo el peso de profundo pesar, el rey permaneció mudo algunos instantes.

Luego irguióse trémulo de ira, en sus ojos relampagueó una mirada de venganza, y con labio balbuciente exclamó:

—La Revolución está en las cabezas... ¡pues cortarlas!

Los ministros del tirannelo, que al desplegarse los leales labios inclinábanse, ya en señal de aquiescencia al soberano pensamiento aún no formulado, á estas palabras quedáronse á mitad de su inclinación, y como si algo les hubiera herido en la frente, enderezándose horrorizado.

—¿Tantas, señor?—murmuró uno de

ellos, sin duda el más atrevido, ó quizá el menos reflexivo.

—Encarcelad á algunos, deportad á otros, por lo pronto eso bastará...Sino...

Las almas pequeñas y ruines, ni siquiera saben ser grandes en el crimen.

Asesinarán á un hombre, pero no se atreverán á ametrallar á un pueblo:

PARA LAS DAMAS

Ude, cocinero de Luis XV, decía que en un país que quiere alcanzar cierto grado de civilización, el arte de la cocina debe ocupar el primer lugar entre las artes. La afirmación del histórico *chef* demuestra cuanta importancia se daba ya en aquellos lejanos tiempos al arte culinario. Los franceses se jactan de haber sido los inventores de la cocina moderna, y lo cierto es que de entre ellos, han salido verdaderas glorias en el ramo, que han alcanzado además, considerables riquezas. Un arte que se refiere al estómago tiene perspectivas seguras y es ya sabido que entre los romanos de los tiempos de Juvenal el sostenimiento de un buen cocinero costaba diez veces más que el sostenimiento de un maestro de escuela.

La cocina francesa ha conquistado lentamente el mundo. Inglaterra ha sido la primera en reconocer su superioridad, y norte américa no ha tardado en hacer otro tanto. Los americanos del norte, más en estrecha relación con el mundo europeo, se han refinado naturalmente en sus gastos, y han hecho abandono del *poak and beans* en procura de algo mejor. Así, el viejo Vanderbilt contrató en París el célebre cocinero Yoseph Dugnol asegurándole un estipendio anual de 50.000 francos. El contrato fué roto después, de común acuerdo entre ambas partes contratantes, por la sola razón de que el Creso americano no era muy exacto en las pastas y esto fastidiaba la paciencia y el alto orgullo del *chef*. Hoy el más desconocido millonario que desee alcanzar una cierta figuración debe tener su buen cocinero francés al que pagará seguramente con mayor generosidad que al más encumbrado de sus empleados.

Otro campo abierto á la actividad de los profesionales de la cocina está en los hoteles. Los restaurantes más respetables de New York no tienen ya cocineros americanos: franceses, alsacianos, suizos, han conquistado el terreno y gozan de sueldos que giran entre los 30 y los 40 mil francos: estipendio, por otra parte bien jus-

tificado, si se piensa que toda la fama de un buen hotel ó de un restaurant depende necesariamente de la capacidad del cocinero.

En París, el Café Foy, tenía un cocinero, el célebre Henri, que, cuando el sitio del 70. al filtrar las provisiones de boca en la ciudad, presentó á sus clientes un *ragónt* de lenguas de ratas que fué pagado hasta á 7.500 francos la porción. Con la muerte de Henri feneció tambien la gloria del Café Foy.

Las personas que padecen de insomnios hallarán tal vez, aquí, la alegría de que les privan sus desvelos. A menos de que el mal sea inveterado, podrán procurarse por si mismos el sueño benéfico usando una forma de hipnotismo tan simple como primitiva. Según una autoridad médica americana, un laboratorio hipnótico puede establecerse facilmente en cada casa, con la sola ayuda de los más sencillos útiles domésticos. Basta, por ejemplo, con llevar á la alcoba una vela, un espejo de mano, un lapiz, una botella, un trozo de carbon y una hoja de papel: el laboratorio está concluido. Los experimentos son todos de los mas sencillos.

Colóquese una vela encendida detrás de una botella comun de vidrio verde; fíjese la vista en el punto sobre el cual se concentran los rayos luminosos que emite la llama de la bujía, y al cabo de breves instantes, los párpados caerán lentamente sobre las pupilas.

Naturalmente, debe procurarse que reine en la estancia la mayor oscuridad posible, y ha de tenerse cuidado de conservar la cabeza alta, siendo el sueño producido por el abandono que hace la sangre del cerebro. Será bueno, además que la vela sea corta, para que se consuma más pronto, y que esté colorada sobre un plato de loza, para evitar todo peligro de incendio.

Otro método para conseguir el sueño consiste en diseñar al carbon sobre una hoja de papel blanco un gran ojo humano, y colocar el dibujo cerca del lecho, de manera que quede claramente iluminado por la vela ó lámpara de asche. Fijando en este ojo la mirada durante, un cuarto de hora, esforzándose por evitar el parpadeo, el sueño vendrá indudablemente.

Otro sistema. Haciendo con una hoja de papel un cono de 15 pulgadas de largo, aplicando la parte de la mayor abertura á uno de los ojos, mirando á traves de él la luz de una vela durante tres minutos, y cerrando luego los ojos, se continuará viendo la imagen de la vela. Debe tratarse de seguir viendo esta imagen inconsistente hasta que se desvanezca, y esforzarse por

volver á verla cuando haya desaparecido. En breve se duerme sin apercibirse de ello.

Otro.—Colóquese muy cerca del lecho, distante solo diez pulgadas del rostro, un espejo. Téngase fija en él la mirada hasta que se consuma el pedacito de bujía que resta en la palmaria. Probablemente antes se habrá dormido.

Hay quien aconseja el sistema del lapiz que consiste en tenerlo sujeto entre los dientes por uno de los extremos, y correr la mirada á lo largo de la tersa superficie de aquel hasta que los ojos se cierren, lo que sucede en breve.

El mismo efecto puede obtenerse en la oscuridad tratando de ver una mancha imaginaria en la punta de la nariz; ú oprimiéndose la frente con un dedo y girando luego los ojos hacia arriba, siempre con los párpados cerrados, tratando de ver, á través de la parte superior de la cabeza aquel punto imaginario; ó bien, tratando de contar los puntitos luminosos que al cerrar los ojos bailan bajo los párpados; ó imaginándose ver, con los párpados bajos, el cielorraso de la alcoba, un ángulo después de otro ordenadamente.—Nótese que los ojos deben permanecer bien cerrados durante todos esos experimentos, recomendados por verdaderas autoridades en materia de hipnotismo, las cuales aconsejan, además, colocarse en una posición cómoda; roncar ligeramente, lo que concilia, tambien, el sueño, ó bostezar repetidamente hasta producir al fin el bostezo natural.

Hay también quien aconseja á los insomnes proveerse de papel y un lapiz, al irse á la cama y escribir muy lentamente hasta 33 veces la palabra «*dormir*,» teniendo cuidado de cerrar los ojos cada vez que se haya escrito.

Navegación á vapor Nicolás Mihanovich

(SOCIEDAD ANONIMA)

Línea entre MONTEVIDEO y Buenos Aires

Salida todos los días, á las 6 p. m. de la Dársena Sur con los vapores Eolo y Helios.

Línea entre Montevideo, Buenos Aires, Concordia, Salto y escalas.

Servida con los vapores Paris, Tritón y Júpiter. Salidas de Buenos Aires: martes, jueves, sábados y domingos á las 6 p. m.



Recomendación

A todos nuestros distinguidos lectores recomendamos que si quieren vestirse con elegancia y perfección, lo hagan á la renombrada casa

Al Palacio de Cristal

*** ARTES 130 ***

la casa mejor surtida en artículos generales para hombres, niños y niñas y la que mejor confecciona en la República.

Grandes rebajas por fin de estacion



Sastrería "LA SIN RIVAL"

←3 DE 3→

RAFAEL PUPPIO

Esta acreditada casa que cuenta con un grandioso y variado surtido de casimires de estación, procedentes de las mejores fábricas inglesas y francesas ofrece al público trajes esmeradamente confeccionados.

Trajes de saco de pura lana de \$ 25, 28, 30, 33, 35, 38, 40 y 45. Pantalones de pura lana, de alta fantasía de \$ 5, 7, 8, 10, 12, 14, 15 y 18.

Corte y Confección inmejorables
Precios sin competencia

346—CALLE ENTRE RIOS—346

— BUENOS AIRES — 8 p.

CASA DE LUNCH

— DE —

Pedemonte y Goya.

Excepcional en su genero

Rivadavia 619 4 p.

ALMACEN UNIVERSAL

ABELARDO E. BARRIOS

PRECIOS ECONÓMICOS

Charcas 901 al 911—Suipacha 1002 al 1006

Unión Telefónica 52 (5 Esquinas)

Buenos Aires 5 p.

Loción Higiénica de Eucaliptus

←3 DE 3→

RUIZ Y ROCA

Conserva el cabello y quita totalmente la CASPA

Aprobada por el Departamento Nacional de Higiene y por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona. Recomendada por los principales médicos del país. Marca registrada en esta República, en la Oriental de Uruguay, Francia y España. Se vende por mayor en todas las casas introductoras de perfumerías y registros, por menor en todas las peluquerías, farmacias y bazares de la República.

Pidan siempre Eucaliptus de RUIZ y ROCA

FLORIDA 28 6 p.

ESCASANY H^{nos.}

JOYEROS Y RELOJEROS

SI QUEREIS BUENAS ALHAJAS

COMPRAD EN LO DE

ESCASANY Hnos.

PERÚ Esq. RIVADAVIA

Buenos Aires 7 p.

FUMEURS

DEMANDEZ PARTOUT LES CIGARES DE
ERNEST TINCHANT



CONCESSIONNAIRE POUR LE RIO DE LAPLATA

JOSE MARTORELL

725 CANGALLO 725

BUENOS AIRES

6p.

¿Queréis buenas alhajas

verdaderamente garantidas?

Joyeria Carbone

ARTES 395

Es la que vende más barato de todas

1 p.

LA URUGUAYA

— DE —

COSTA HERMANOS

TIENDA—ROPERIA—MERCERIA

Grande y variado surtido en los ramos

La casa que vende más barato por su económica organización

1979—CALLE VIEYTES—1979

BARRACAS AL NORTE

9 p.